

Cuarto Taller de Discusión “Las derechas en el Cono Sur, siglo XX”, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 31 de mayo de 2012.

Unos otros muy otros, pero diferentes de los otros: reflexiones metodológicas sobre el estudio de cuadros dirigentes del PRO en la ciudad de Buenos Aires

Gabriel Vommaro

Como es sabido, la investigación en ciencias sociales requiere que el analista realice un permanente trabajo reflexivo. Este trabajo consiste en una explicitación de su relación con el objeto de estudio –preconociones, afinidades, rechazos–, con los interlocutores de campo –actores que encuentra en relaciones cara a cara o a través de documentos recogidos en trabajo de archivo–, con los valores políticos y morales que ellos movilizan, etc. Esto es lo que Pierre Bourdieu y sus colegas llamaron *vigilancia epistemológica* (Bourdieu et al, 2002). E implica ser capaz de tomar en cuenta como parte del trabajo de investigación tanto lo que el objeto de estudio provoca en nosotros como lo que nosotros provocamos en nuestro objeto de estudio.

De modo que, lejos de socavar la cientificidad de una investigación, el explicitar el modo en que se produce la información en relaciones sociales ambiguas y en tensión como las que tienen lugar en el encuentro entre el interés académico del investigador y el mundo práctico de los actores, entre personas que pertenecen al mismo grupo social o a grupos diferentes, entre quienes quieren indagar en ciertas relaciones sociales que no siempre son aquellas que los actores prefieren mostrar, poner de relieve, etc. y estos mismos actores, en definitiva, estas tensiones, conflictos, estas formas muchas veces diferentes y hasta conflictivas de ver y de percibir el mundo social, pero también de ideologías y valores morales, lejos de ser escollos a la investigación forman parte del proceso de producción de la información. Si podemos explicitarlas, nos permiten comprender buena parte de las preguntas que los científicos sociales nos hacemos sobre los mundos que estudia-

mos, sus jerarquías, sus modos dominantes de ordenamiento, las visiones del mundo en pugna, la manera en que se construyen las fachadas, por hablar como Erving Goffman (2001), de los actores, etc. Y esto vale tanto para el analista del presente como para quien se encuentra con archivos producidos en el pasado.

Estudiar prácticas de obreros de fábricas recuperadas, militantes barriales, amas de casa, grandes empresarios o cuadros dirigentes de un partido supone, en este sentido, el mismo ejercicio de reflexividad. Lo mismo que al estudiar instituciones de todo tipo: fábricas, entidades patronales, sindicatos, etc., puesto que las instituciones también son espacios de interacción, aunque sedimentados y jerarquizados, producidos y reproducidos por sus miembros en relaciones de poder más o menos estabilizadas, en las que se engendra a su vez un universo moral de visiones y divisiones del mundo compartido (Lagroye y Offerlé, 2010; Powell y Dimaggio, 1999).

Sin embargo, no todos los mundos y no todos los grupos sociales suscitan el mismo tipo de dificultades metodológicas y analíticas. En virtud de este mismo ejercicio que supone explicitar y tomar como parte del trabajo de investigación la relación que se establece con el objeto de estudio y con los interlocutores de campo, en este artículo nos gustaría presentar algunas reflexiones sobre la experiencia de terreno en el estudio de los cuadros dirigentes del partido PRO en la ciudad de Buenos Aires¹. Se trata de actores “dominantes” por varios motivos: por un lado, por encontrarse situados en la parte superior de la escala social; por otro lado, por el hecho de ser los dirigentes de una organización, de modo que hacen su profesión de la presentación pública, de la representación de otros y de la ela-

¹ Se trata de un trabajo cuali-cuantitativo de indagación acerca de trayectorias socio-profesionales, políticas y educativas, espacios de sociabilidad y reclutamiento y arraigo social de estos cuadros políticos. Definimos como cuadros dirigentes del PRO de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires a aquellas personas con cargo electivo o ejecutivo vigente entre el 1° de mayo y el 10 de diciembre de 2011 (fecha en que se inició un nuevo período de gobierno). Se trata de legisladores de la Ciudad, diputados que representan al distrito, y funcionarios del municipio, desde ministros hasta subsecretarios. Decidimos detenernos en este rango pues se trata de la jerarquía más baja en la administración estatal en la que la totalidad de los ocupantes de los cargos responden a fidelidades político-partidarias antes que a carreras burocrático-administrativas. Entre los meses de mayo y noviembre de 2011 realizamos una encuesta por cuestionario, con preguntas cerradas, semi-cerradas y semi-abiertas. Del universo total de casos identificados (76), hemos encuestado a 52, es decir al 68,42% del mismo. Dicho trabajo, que realizamos en el Instituto del Desarrollo Humano de la UNGS junto a Sergio Morresi y un equipo de tesis y becarios, fue combinado con la realización de una veintena de entrevistas en profundidad a los cuadros partidarios, y de una serie de observaciones de reuniones y actos de esa fuerza política.

boración de discursos que dan una imagen de sí a los grupos de los que son portavoces. Asimismo, por tratarse de dirigentes de un partido asociado al centro-derecha y que reúne social, cultural y moralmente algunos atributos no dominantes –o, mejor, rechazados– en el mundo de las ciencias sociales en que nos movemos nosotros, los investigadores que los estudiamos, esta distancia moral produce en nuestro trabajo una serie de tensiones y dificultades que es necesario explicitar. En definitiva, presentaremos algunos comentarios acerca del estudio de un otro que, en muchos casos, es otro social, pero en especial un otro ideológico que es muy diferente del otro social o ideológico que representa, en alguno casos, el universo del activismo –controlado, evaluado y menos valorado– del mundo popular –la “política de los pobres”–, y que por tanto presenta otro tipo de desafíos metodológicos y analíticos.

En primer lugar, nos referiremos a las dificultades de acceso y permanencia en el campo. Luego, anotaremos algunos problemas analíticos y de clasificación de los cuadros dirigentes de PRO, y del PRO como organización.

Problemas de campo I: el acceso, o de cómo pasar los filtros y las descon- fianzas

A diferencia de otros campos en los que las personas están habituadas a recibir observadores, evaluadores, etc., los sectores dominantes parecen menos proclives a aceptar miradas externas. En efecto, en nuestra experiencia de terreno en un barrio popular (Vommaro, 2012; Vommaro y Quirós, 2011) hemos podido ver el modo en que, en especial en los espacios de sociabilidad política en los que participan beneficiarios de programas sociales que realizan una “contraprestación”, pero no sólo en esos casos, las personas están habituadas a ser observadas en sus actividades cotidianas, y esa mirada externa, asociada con una evaluación del “merecimiento”, en algunos casos, o de la justeza de la retribución, en otros, trabaja en sus percepciones respecto del investigador, al que pueden asociar con un funcionario, con un dirigente de la organización de pertenencia, o hasta con un periodista (Vommaro, 2012). Este último personaje social representa, a los ojos de estos interlocutores de campo en un barrio popular, la mirada externa acerca de

la ilegitimidad o de la reprochabilidad moral del compromiso político interesado, es decir mediado por la circulación de bienes de origen público –planes, raciones en comedores, merenderos, etc.– que parecerían hacer de estos actores rehenes de la voluntad de los dirigentes (los patronos) en el marco de relaciones de clientela (Cf. sobre este punto las observaciones críticas en Vommaro y Quirós, 2011). De este modo, estos actores desarrollan estrategias de presentación de sí que les permitan aparecer, ora como víctimas de injusticias que no controlan, ora como esforzados trabajadores del “trabajo político y social”. Y eso sucede tanto con los militantes como con los dirigentes barriales.

Nuestros interlocutores de campo, en cambio, dotados de un alto capital cultural y social², forman parte de grupos sociales no habituados a esta mirada externa que aparece, por así decirlo, como una imposición. Al contrario, trabajan por producir una imagen de sí elaborada, proactiva, que se hace pública por voluntad de sus propios miembros, en especial cuando en ella se puede jugar la suerte profesional o social *tout court* de estas personas. Es el caso de los dirigentes políticos en general, y de los cuadros de PRO en particular, aún de aquellos que, sin trayectoria política previa, ingresaron a la actividad de gestión del Estado a partir de 2007. Los dirigentes políticos tienen una imagen de sí cuidadosamente fabricada que difundir y defender públicamente, tanto en los medios de comunicación como en los encuentros cotidianos, cara a cara (Vommaro, 2008). Cuentan, para eso, con personal que trabaja en el cuidado de la imagen, en el manejo de la prensa, etc. Estos son los primeros filtros que encontramos para ingresar al campo, para concertar las entrevistas con los cuadros partidarios y de gestión.

Una primera dificultad consistía en sortear a actores que actuaban como pantalla entre los cuadros y los investigadores, en especial los voceros de prensa, que suelen ver en las entrevistas académicas una pérdida de tiempo que no da réditos ni al político para el que trabajan ni a ellos mismos, que deben demostrar la utilidad de su función a partir de la magnitud y la frecuencia de la mediatización de sus empleadores. De modo que había que tomar contacto con otro tipo de asesores, o con secretarios privados de los cuadros, que pudieran transmitir nuestro pedido

² La totalidad pasó por los estudios universitarios y sólo el 8% no los concluyó, en tanto que más de la mitad de la muestra (56%) tiene un posgrado inconcluso (4%) o terminado (52%).

de entrevista con la mayor claridad posible. Sin embargo, estos otros asesores también podían recelar del interés de los investigadores y de sus verdaderas motivaciones, como si cuidaran a sus jefes de posibles trampas, dobles intenciones, etc.; de hecho, en algunas ocasiones nos ha pasado de tener que hacer entrevistas con asesores presentes, que cuidaban celosamente lo que se preguntaba y lo que se respondía, y hasta tener que pasar por ellos para conseguir que los cuadros de PRO respondieran a la encuesta por cuestionario.

La segunda dificultad se relaciona con la presentación de nuestra investigación. En efecto, incluso si lográbamos sortear a los actores que dificultaban nuestro acceso a los cuadros dirigentes, debíamos construir una presentación pública de nuestra investigación, de sus objetivos y del interés que tenía analizar a los cuadros de esa fuerza política que pudiera despertar el interés de nuestros interlocutores y que, además, fuera lo menos hostil posible. Al mismo tiempo, no queríamos producir un discurso falso, suerte de engaño que escondiera completamente los objetivos de nuestra investigación, que partía de un interés por estos actores en tanto miembros de una fuerza política representante de los sectores sociales más altos y defensora de ideas de centro-derecha, asociadas al neoliberalismo³. La presentación de la investigación a los actores de este mundo social que está “del lado de los dominantes” fue así crucial. Para conciliar la dimensión estratégica y la dimensión ética, construimos una fórmula que, por un lado, dejaba sentada la pertenencia de nuestras preocupaciones al mundo académico –lo que podía despertar en estos cuadros de un partido joven una cierta atracción: sentirse ya digno objeto de estudio de las ciencias sociales– y, por otro lado, colocaba a nuestros interlocutores como parte de un objeto más general: la “nueva dirigencia política en Argentina”⁴. Para un partido que hace de la novedad un valor, pensábamos

³ De hecho, a la hora de redactar el proyecto que dio lugar a esta investigación, lo titulamos: “¿Una “derecha sensible”? Análisis de trayectorias militantes, redes de reclutamiento e ideas políticas en el PRO”. Volveremos sobre este punto.

⁴ El texto de la carta de presentación que enviamos a los cuadros de PRO es el siguiente: “En el marco de un proyecto académico de estudio de los nuevos partidos y de la renovación de la dirigencia política en Argentina, que se realiza en el Área de Política del Instituto del Desarrollo Humano de nuestra Universidad, de manera conjunta con el CONICET, tengo el agrado de dirigirme a Ud. para solicitarle tenga a bien recibir a los miembros de nuestro equipo por el lapso de aproximadamente media hora con el objeto de poder completar una encuesta en la que se requieren algunos datos de su trayectoria profesional y política, así como algunas de sus opiniones sobre la política y la sociedad argentinas.

que este modo de definirlos podría despertar una primera impresión favorable, que no se sentirían escrutados de modo negativo, y que se podría crear una cierta complicidad que favorecería el desarrollo de la situación de entrevista y/o del llenado del cuestionario.

El relativamente alto porcentaje de respuestas positivas a nuestro pedido (ver nota 1) parecería dar cuenta de una presentación adecuada. Al mismo tiempo, muestra la relativa apertura de los cuadros de PRO a la observación académica –y por tanto a una eventual mirada crítica. Lejos de considerar que su posición es ilegítima o inconveniente, dirigentes provenientes de diferentes tradiciones partidarias y recién ingresados a la política manifestaron un cierto orgullo de “ser PRO”, así como de su *misión política*, que también nos habla tanto del universo social estudiado como de nuestra distancia con ese mundo⁵. Las elecciones distritales de 2011, que tuvieron lugar durante nuestro trabajo de campo, dieron nuevo sustento a ese orgullo de pertenencia: el 3 de junio, en primera vuelta electoral, el PRO obtuvo el 45,6% de los votos en la elección de jefe de gobierno. En segunda vuelta, el 24 de junio, la lista de Mauricio Macri se impuso con el 61% de los sufragios. Para una fuerza política en la que el atributo de ser ganadora es central⁶, este éxito renovaba los compromisos, así como la convicción de “ir por el buen camino” que ya habíamos percibido en las entrevistas realizadas antes de esas fechas. El campo se no “abrió” más luego de las elecciones, pero el triunfo no hizo más que mejorar esas buenas condiciones iniciales.

Problemas de campo II: la situación de entrevista, o de cómo presentarse ante los dominantes

Esta información será utilizada con fines únicamente científicos y bajo estricta reserva y confidencialidad, y nos será de suma utilidad para avanzar en el conocimiento de la dirigencia política del país. Asimismo, le informaremos los resultados de nuestro trabajo una vez concluido, a fines de 2012”.

⁵ Así como hemos criticado las miradas académicas de la politicidad de los sectores populares en clave de movilización por un interés material –resultado de relaciones de clientela vistas como puros intercambios de bienes– (Vommaro y Quirós, 2011), en este caso también debemos rechazar un punto de vista censor del compromiso de los cuadros de PRO con la política en términos de puros “negocios”, políticos o económicos, para comprender los sentidos que los cuadros de ese partido asignan a la misión de “entrar a la política” para transformarla, o de entrar a un partido “nuevo” luego de haber estado en uno “tradicional”.

⁶ En otro trabajo hemos mostrado que el hecho de contar con un candidato ganador como M. Macri, así como de constituirse en una “fuerza de gestión”, son dos elementos fundamentales que articulan una fuerza política heterogénea como el PRO. Cf. (Vommaro y Morresi, 2012).

La situación de entrevista suele ser asimétrica, y si esta característica produce tensiones al estudiar a sectores que poseen recursos sociales y culturales de menor valoración social que el investigador –es decir a sectores subalternos–, al estudiar a grupos del mismo sector social, o de sectores más elevados, que ocupan generalmente posiciones dominantes en sus organizaciones, esta asimetría toma formas diferentes, y hasta termina por aparecer, muchas veces, invertida. Lo cual nos coloca ante diversas dificultades metodológicas que tienen que ver con el manejo de los encuentros cara a cara con nuestros interlocutores de campo.

Como hace notar una investigadora francesa, la asimetría social que desfavorece al investigador ha sido mucho menos problematizada que la que existe en el sentido contrario (Laurens, 2007: p. 112). El control de los automatismos de clase (prejuicios estigmatizadores, por ejemplo), por un lado, y las precauciones en terrenos difíciles, por otro lado (Mauger, 1991), aparecen asiduamente en las reflexiones de los científicos sociales acerca del trabajo de terreno con sectores populares. Nosotros mismos hemos presentado algunas reflexiones sobre las situaciones de interacción al investigar la política en ese mundo social (Vommaro, 2012; Vommaro y Quirós, 2011) y nos hemos interrogado por el modo en que nuestra presencia y nuestra observación participaba de la situación observada, por la manera en que manejábamos los tiempos de pregunta y de escucha, etc. La situación se entrevista, y los encuentros cara a cara que supone la observación en terreno comportan así, al estudiar a los subalternos, toda una serie de precauciones respecto de nuestro lugar en la recolección de la información, del modo en que se construyen esos encuentros, de los condicionamientos que la mirada externa produce en las prácticas observadas, etc.

En el caso del PRO, en que se trabaja con personas de una cierta proximidad social, pero de una cierta distancia ideológica y moral, el problema de las tensiones de la situación se entrevista se plantea con particular intensidad. Un extracto del diario de campo escrito luego de la entrevista realizada con el presidente de una Comuna de la ciudad de Buenos Aires, que refiere al modo en que se dio el encuentro con esta persona, nos permite desglosar sus dimensiones:

Llego a la comuna a la hora pautada. Es un día particularmente caluroso para ser invierno. La entrevista nos fue otorgada de manera bastante rápida, y fue pautada para un jueves por la tarde. Salgo con cierto apuro de mi casa. Esta vez no preparé demasiado la entrevista. La guía de pautas fue construida hace un tiempo, y confío en la experiencia que me dieron las demás entrevistas, que realizo desde hace más de un año. Llego a la secretaría del presidente de la comuna y me anuncio. Dos mujeres trabajan en la primera oficina, separada por una pared de durlock de la segunda, en la que hay otras dos personas. Quien parece estar a cargo me dice que el presidente todavía no llegó, pero que tiene agendada la cita. Me invita a esperarlo en unos sillones que están afuera, en un amplio hall, detrás de la gran plataforma que es ese piso del centro de atención vecinal. Leo los panfletos de propaganda del gobierno de la Ciudad. Todo el tiempo entra y sale gente. Pasa más de media hora, estoy inquieto, miro a través del gran ventanal que separa el hall de la secretaría. La mujer a cargo, de unos cincuenta y tantos años, el pelo rubio teñido, muy maquillada, va hacia la oficina contigua y ya no la veo, en pocos minutos se acerca un hombre de unos cuarenta y cinco años, pelo negro peinado con fijador, de elegante traje azul, camisa blanca y corbata, zapatos negros muy lustrados. Me mira y me pregunta si soy yo quien lo esperaba. Digo que sí, me incorporo y le estrecho la mano. El hombre me estudia de pies a cabeza. Enseguida reparo en que no era el tipo de personaje que me esperaba. Y que esta vez no estoy vestido de manera apropiada: mis zapatillas y el pantalón de jean desentonan con la elegancia del entrevistado. El me lo hace notar enseguida: al ingresar a su oficina me dice que con mi barba de varios días parezco un militante de izquierda. “Ah, barba, ¿sos de izquierda vos, no?”, dice; y luego dice que parezco un militante del Partido Obrero. A lo largo de toda la entrevista seguirá escudriñando mi aspecto. Pienso que me equivoqué en la manera de vestir para la ocasión. Debería haber ido igual que cuando visitaba a funcionarios del poder central, o a legisladores o diputados: saco, camisa, pantalón de tela, zapatos. Sonrío pero no respondo. Luego me pregunta cuál es mi profesión. Cuando respondo “sociólogo”, dice “ah, sociólogo”, como si confirmara mi izquierdismo. “No tiene nada de malo ser de izquierda”, dice. Me invita a que me siente en un sillón de dos cuerpos. El ocupa un butacón de un cuerpo bastante moderno, como todo el mobiliario de la oficina. “Decime en qué te puedo ayudar”. Me presento, presento la investigación y le pregunto si puedo grabar nuestra conversación. Dice que sí. Enseguida pone música en la computadora que tiene sobre la mesa ratona que nos separa. Música clásica. Tengo miedo de que haga interferencia con el grabador que apoyé sobre la mesa. Le pregunto por su familia de origen. Comienza a contarme su historia personal, que tiene siete hijos, “todos con la misma mujer”, y me empieza a hablar del problema que supone el matrimonio igualitario para la reproducción de los humanos: “los homo-

sexuales no pueden tener hijos entre sí, si todos hiciéramos como ellos se acabaría la especie”. Dice también que los gays son muy “hedonistas”, que no piensan en los demás. Me pregunta qué pienso y le digo que los homosexuales siempre pueden alquilar vientres y de ese modo garantizar la reproducción, me doy cuenta de que acabo de decir una tontería, y para salir del paso comienzo a hablar de la tasa de natalidad en Europa, y digo que viví en Francia. De ese modo trato de cambiar la primera impresión que di: el haber vivido en Europa puede ser a los ojos de mi interlocutor un atributo positivo. Pero rápidamente él comienza a hablar del problema de la inmigración descontrolada en ese continente, de los negros y de los árabes en Francia, que no trabajan y tienen muchos hijos, que consumen el dinero del Estado, “viven a costa de los franceses”, dice el presidente de la Comuna. Siento que me está provocando, que asumió que soy un izquierdista y quiere que reaccione. Sonríe y asiente y cuando puedo lo traigo nuevamente al tema de su historia, a su familia y luego a su entrada en política. El entrevistado acepta, pero todo el tiempo va a volver a tener expresiones racistas, sexistas, clasistas –contra los cuida-coches, contra los inmigrantes, contra los gays, etc.– como si esperara mi reacción.

Vemos así cómo el encuentro con el entrevistado está repleto de tensiones y negociaciones. Hay una primera cuestión que tiene que ver con los tiempos de la entrevista. Los políticos y los funcionarios suelen tener una agenda muy cargada. En ese contexto, a lo largo de nuestra investigación el tiempo en la relación con los interlocutores de campo fue una variable generadora de potenciales conflictos, pero que tendió siempre a ser controlada por los entrevistados: el día y hora de la entrevista fue casi siempre inamovible; en muchos casos, hubo entrevistas canceladas a último momento, en especial de parte de los funcionarios del poder ejecutivo municipal, que suelen tener la agenda más ocupada e imprevisible; la duración de la entrevista siempre fue fijada de antemano por los entrevistados, y aunque en la mayoría de los casos logramos prolongarla al entusiasmar a los interlocutores con nuestro interés por conocer sus recorridos y opiniones, cuando los notamos molestos por alguna razón, acudieron a la hora como excusa para dar por terminada la cita. El otro tiempo manejado por los entrevistados fue el de espera: la espera marca jerarquías. Y en el caso del presidente de la Comuna esto puede verse con claridad. En los casos en que percibimos un interés por subrayar asimetrías, la espera fue mayor.

En segundo lugar, en el pasaje recién citado aparece la cuestión de la importancia de la presentación del investigador: antes de una entrevista, como para toda cita, es necesario pensar el modo de vestirse. En efecto, la presentación de la investigación se realiza no solo con el discurso –que se expresa tanto en el léxico como en la manera de comunicar–, sino también con la presentación corporal del investigador, su vestimenta, su aspecto físico, etc. En este caso, el hecho de que el interlocutor haya reparado en la informalidad de la vestimenta del entrevistador, y que haya asociado la barba crecida a un militante de izquierda, revela en esa tensión inicial los prejuicios del primero, sus precauciones respecto de nuestra mirada externa, del juicio que podíamos tener sobre sus acciones. Pero también da cuenta del hecho de que hubo un desliz de parte del investigador al no preparar su apariencia física de tal modo de producir un efecto que no conspirara contra la relación de confianza que se intenta construir en toda entrevista. La reflexión respecto de este error nos fue de suma utilidad para preparar las entrevistas que siguieron, pero también para repensar el lugar de esta impresión causada por la apariencia en escenas de campo anteriores.

Por fin, la reacción que suscita la percepción de estar frente a un “izquierdista” de parte de nuestro interlocutor de campo no lo llevó al retraimiento, sino a una especie de redoble de la apuesta de lo que él suponía que el investigador venía a buscar: un discurso “facho”. El entrevistado jugó todo el tiempo con la provocación a través de expresiones sexistas, clasistas, racistas, anti-izquierdistas, y de ese modo quiso imponer brutalmente un modo de pensar las cosas que él suponía que su interlocutor juzgaría de manera negativa. En la exageración, intentó revertir un supuesto juicio negativo. En este caso, se trató de desactivar las provocaciones con una posición que desmintiera el prejuicio del entrevistado y que lo invitara a hablar en confianza sin esperar la crítica de nuestra parte. En otros casos, en tanto, la producción de un espacio de confianza se relacionó con la búsqueda de superar el lugar común en el discurso de los entrevistados. En efecto, se trataba de construir una relación de confianza con actores acostumbrados a las frases hechas, a los slogans y a las fórmulas efectivas del decir mediático.

Gabriel Kessler ha reflexionado sobre la práctica de investigación sobre jóvenes que cometieron delitos, y ha sostenido que una de las dificultades de la situación

de entrevista era que “estábamos frente a un actor que hablaba poco, por más que todas las cuestiones de confianza estaban resueltas, había algún problema, ya sea capacidad de simbolización o de puesta en relato y esto era muy complicado. Además, los relatos son en general fragmentos en donde falta un hilo conductor” (2004: p. 18). Aquí, en cambio, debemos tratar con personas que, como dijimos, han hecho del discurso y de la presentación en público su profesión, de modo que los materiales recogidos en las entrevistas deben ser puestos en relación con otra serie de informaciones que no surgen de ese decir. Es el problema de trabajar con actores que, como afirman Pinçon y Pinçon-Charlot, en virtud de su experiencia de investigación con la gran burguesía francesa, son, en tanto grupos dominantes –políticos, altos funcionarios, “hombres de mundo”–, “profesionales de la expresión oral” (2011: p. 49)

Uno de los materiales empíricos con los que combinamos la información recogida en entrevistas fue el surgido de la realización de la encuesta por cuestionario. Si bien aquí también dependíamos de la palabra de nuestros interlocutores de campo, la reconstrucción de datos cuantitativos de la trayectoria familiar, educativa, profesional y política de los actores estudiados nos permitía sortear las frases hechas y la palabra estandarizada. En relación a la realización de la encuesta, en tanto, surgía una tensión propia de ese tipo de situación que da poco margen a la palabra *in extenso* de los actores: la violencia de la objetivación estadística colocaba a los cuadros de PRO en el lugar de simples proveedores de información para llenar casilleros. Es por eso que en la mayor parte de los casos decidimos realizar las entrevistas a continuación del pasaje del cuestionario, e incluso preferimos realizar entrevistas no previstas con antelación para evitar el malestar de nuestros entrevistados por darles poco espacio para expresarse. El tiempo, aquí, era pedido por ellos para poder construir un discurso más elaborado.

Problemas de análisis I: estudiar a los dominantes, en torno a la reflexividad y la perspectiva interpretativa

Hemos visto que tanto la entrada al campo como la situación de entrevista y de observación suponen una actitud reflexiva del investigador respecto del modo en

que se presenta, del manejo de las tensiones propias de los encuentros cara a cara, de sus tiempos, etc. Ahora nos gustaría agregar una dimensión de la reflexividad que sólo hemos mencionado lateralmente, y que afecta fuertemente nuestra relación con las preguntas de investigación y con nuestro objeto de estudio. Puesto que la reflexividad no es sólo propiedad del analista, sino una capacidad de todos los actores competentes del mundo social, tomar en cuenta y practicar esta actividad también refiere al hecho de incorporar en nuestro análisis el modo en que el científico social es percibido, tratado, etc. por sus interlocutores. El “izquierdismo” percibido por el presidente de la Comuna en la situación narrada en el punto anterior no solo supone un obstáculo para el desarrollo de la entrevista, sino que constituye un elemento de la relación entre entrevistador y entrevistado que también habla de los posicionamientos, visiones del mundo y valores del primero, tanto como aquello que responde deliberadamente frente a un grabador. El decir como decir situado supone también aprehender ese contexto como parte constitutiva del significado del discurso⁷. En otros casos, en los que los lugares comunes dominan la conversación, estos indicios de la manera en que somos percibidos nos evitan absorber acríticamente el discurso de nuestro interlocutor, mirada oficial, *prêt-à-porter*, publicitaria, o bien seleccionar de entre sus dichos sólo aquello que nuestras prenociones esperaban encontrar. Y esto más aún cuando, muchas veces, nuestros interlocutores pueden querer darnos lo que venimos a buscar, en especial cuando coincide con sus expectativas y visiones de sí y con el modo en que quieren mostrarse en público. Así, la reflexividad debe llevarnos, ante todo, a tomar los tropiezos, las tensiones, los errores y fallidos de la situación de entrevista y de los encuentros cara a cara con nuestros interlocutores de campo como material que habla de nuestro objeto tanto como el “dato” recogido en esas ocasiones⁸.

Aparece aquí una dimensión central del trabajo analítico del investigador: el modo en que comprendemos las prácticas de los actores que estudiamos. La vigilancia epistemológica sirve para controlar el etnocentrismo de clase y el etnocen-

⁷ Lo que refiere a aquello de H. Garfinkel llama la “indexicalidad” del lenguaje. Cf. (Garfinkel, 2006).

⁸ Lo que ya ha sido señalado por (Chamboredon et al, 1994) cuando hablan de la necesidad de objetivar al mismo tiempo la entrevista (la información allí producida) y la situación de entrevista.

trismo intelectual, es decir tanto las prenociones y valores morales asociados a nuestro grupo social de pertenencia como las que se relacionan con nuestra inscripción en un mundo intelectual que tiende a tener una mirada teórica sobre el mundo, a sobrevalorar las ideologías por sobre otro tipo de consideraciones prácticas que gobiernan las acciones, y a rechazar todas las formas del pensamiento que no acuerden con nuestro acervo de significados de corrección política.

Al reflexionar sobre su investigación ya citada acerca de los jóvenes que habían cometido delitos, Gabriel Kessler ha mostrado las dificultades para establecer una situación de diálogo en entrevistas con sectores extremadamente distantes social y culturalmente. El sociólogo reconoce un problema ligado a las dificultades de sus interlocutores para construir relatos inteligibles para el analista, otro a la construcción de la causalidad que realizaban estos actores y, por último, la cuestión de los silencios recurrentes de los interlocutores en el flujo de la conversación. Sobre el primer punto, afirma: “hay un problema metodológico que yo me planteo: cómo se trabaja frente a un otro que construye un relato de una manera en la que uno no está acostumbrado” (2004: p. 18).

En nuestro caso, los problemas interpretativos no se relacionan con una lógica discursiva diferente, sino con un conjunto de prenociones de nuestra parte respecto de los valores morales asociados a los medios social y cultural de los que forman parte nuestros interlocutores de campo y que nos son, en parte, ajenos. En este sentido, el control de las prenociones se ha vuelto central para el análisis, en especial el trabajo con lo que nos provocaban las ideas y los modos de enunciar esas ideas de nuestros interlocutores. Señalemos, en primer lugar, un problema asociado al imaginario respecto del PRO como “partido de los ricos”, de los empresarios. Cientistas sociales críticos, convencidos de ser, por así decirlo, portavoces no autorizados de los sectores populares, nos enfrentamos a algunas personas –en especial los que provienen del mundo de las empresas, las fundaciones y las ONG– que defendían en sus discursos a otros sectores, a los que tomaban como referencia, y que asociaban a ellos valores como la libertad, la familia, e incluso el dinero, que contrastaban fuertemente con nuestros valores. Al mismo tiempo, en ese trabajo de representación se veían, en especial los recién llegados

a la actividad política, como portadores de una misión de moralización de una actividad juzgada corrupta, y como gerenciadore de un universo –el estatal– percibido como ineficiente. Por eso era tan importante, de entrada, tomar el control del Estado: para desplegar en él las actividades de reforma que los habían impulsado a “meterse en política”. Es cierto que esta misión tenían motivaciones personales –intereses profesionales, por ejemplo–, pero también estaba asociada a principios morales –ligados al imperativo de servir a otros– que, tanto como la mirada crítica respecto de la lectura de la política popular en clave de clientelismo a la que ya nos referimos, implicaba en este caso no hacer de nuestros interlocutores de campo seres unidimensionales y sin historia, sólo gobernados por el cálculo permanente en términos de beneficios materiales. El hecho de trabajar en la fase analítica para controlar nuestra distancia con esos actores y con esas percepciones del universo público, político, estatal, nos habilitó a comprender, por un lado, la heterogeneidad de orígenes socio-culturales de los cuadros partidarios y, por otro lado, el hecho de que incluso algunos sectores conservadores viven no sin tensión la relación entre aquellos valores de origen y los que rigen en el mundo público en el que ingresan, así como en los sectores más cercanos al universo católico se ponen en tensión los valores familiares tradicionales con la centralidad que adquirieron en el debate público las nuevas demandas asociadas al género, por ejemplo, o a la libertad para interrumpir un embarazo no deseado, etc.

Aparece un desafío central para nuestro análisis, que proviene de la difícil comprensión de la sociabilidad católica de los sectores medios altos. Cientistas sociales sin sociabilidad religiosa intensa, y de formación atea, en nuestro caso tendemos a asociar ese mundo a valores negativos que no provocan sino fantasmas ligados al conservadurismo y el tradicionalismo. No solo este prejuicio desconoce la importancia de la tradición popular y progresista de algunos sectores del catolicismo argentino, sino que, en el caso de nuestros cuadros de PRO, nos impide pensar más finamente nuestra ajenez social con nuestros interlocutores de campo. Asociados al mundo del dinero y del comercio, por un lado, y al mundo católico, por el otro, estos actores no necesariamente pertenecen respecto de nosotros, o de cuadros dirigentes de otros partidos populares, como se nos hizo notar en el taller, a otra clase en sentido económico o economicista del término, si-

no que ante todo forman parte de otros espacios de sociabilidad propios de otras fracciones de clase en sentido socio-cultural: la sociabilidad católica se relaciona con otras porciones de las clases medias altas ajenas al *ethos* dominante –y a la ideología dominante– de los científicos sociales formados en la universidad pública.

Huelga decir que el 70% de los cuadros de PRO encuestados estudió en universidades públicas, en especial en la Universidad de Buenos Aires, en tanto que el 20% lo hizo en universidades privadas confesionales y sólo el 10% en universidades privadas no confesionales. Esto contradice la imagen de los cuadros de PRO como dirigentes de las élites económicas, y los acerca a las clases medias altas argentinas que, al menos hasta los años ochenta, se formaron en las universidades públicas. En cambio, hay dos particularidades de los cuadros estudiados. Por un lado, se destaca el peso general de la educación privada en los niveles primario y secundario (50% y 45% respectivamente), en especial en establecimientos confesionales (32% y 30% respectivamente), lo que relaciona a esta población con el universo cultural de formación católica. Por otro lado, las diferencias más pronunciadas en cuanto al tipo de establecimiento aparecen con los recién llegados a la política –que ingresaron a la actividad a partir de 2002, con la formación de Compromiso para el Cambio, antecedente de PRO–, pues entre ellos el peso de las universidades públicas es menor (42%) y se destaca el peso de las universidades privadas confesionales (42%). Así, son los recién llegados a la política quienes tienen estrategias de acumulación/reproducción de recursos socio-culturales más afines a las clases altas. Por otro lado, cabe resaltar que la opción por la educación privada –en especial en establecimientos confesionales como la Universidad Católica Argentina– se produce en un contexto de segmentación del sistema educativo argentino ligado a dinámicas más amplias de producción y reproducción de las desigualdades sociales y culturales (Tiramonti y Ziegler, 2008) que exceden este caso. Estas dinámicas crean un *entre soi* de las clases medias-altas que les hace percibir y experimentar a la política “desde arriba” (Haegel, 2009; Sidicaro, 1993) y que debemos interpretar en nuestro trabajo evitando sentencias rápidas y simplificadoras.

En este sentido, creemos que la investigación social y política no es una ocasión para congraciarse con los amigos, para celebrar nuestros estilos de vida, o para reafirmar nuestras creencias. En cambio, es necesario ingresar en la sociabilidad de esos sectores sociales que son, a la vez, ajenos y cercanos. Ajenos, porque constituyen una fracción superior y diferente de la misma clase. Cercanos, porque en tanto están dotados de un alto capital cultural y, en muchos casos, tienen cierta familiaridad con el mundo universitario, circulan en zonas vecinas a nuestro paisaje social, que es nuestro horizonte cotidiano de interacción.

Problemas de análisis II: más allá de la izquierda y la derecha, sobre las clasificaciones como objeto de disputa

El último punto se relaciona con la tensión entre las clasificaciones del analista y las clasificaciones de los actores. Si el PRO, como universo social, es un mundo de sentido ya interpretado por los actores que lo habitan, por hablar como Alfred Schutz (1995), ¿qué debe hacer el analista con esas interpretaciones? Esta cuestión aparece con particular claridad en relación a la clasificación del PRO en el eje izquierda-derecha. Como dijimos, partimos del supuesto de que íbamos a trabajar con un partido de centro-derecha. En virtud de sus particularidades, no obstante, quisimos conocer la auto-percepción ideológica de sus dirigentes. Cuando en la encuesta se les pidió que se posicionaran en una escala de 1 a 10, en la que 10 era la posición más a la derecha, el conjunto de los posicionamientos dio un promedio de 5,255319149. Conscientemente, los entrevistados eligieron situarse al centro, y en algunos casos manifestaron su descontento con esta forma de clasificación ideológica, a la que asociaban con un esquema “antiguo”, del “pasado”. Este rechazo a la clasificación tradicional en el espectro político está en consonancia con la presentación de sí del partido y de sus dirigentes como “más allá de la izquierda y de la derecha”, es decir como un partido que se define, en el hacer, como “de gestión”⁹. ¿Qué hacer entonces con la clasificación habitual de este par-

⁹ Quienes prefirieron no posicionarse en dicha escala, manifestaron en un 71,4% no asociarse “ni a la izquierda ni a la derecha”. Si los consumos culturales son también un indicador ideológico, la mayor parte de los cuadros encuestados son lectores del diario conservador *La Nación* (54% como primera mención, 48 casos en total) antes que del centrista *Clarín* (40% como primera mención, 37 en total); y

tido en términos de derecha de la que partimos en nuestra investigación? Los científicos sociales no están condenados a reproducir el mundo social tal como es experimentado por los actores y darlo como única forma válida de representarse ese mundo¹⁰. Tampoco pueden reseñar sólo las diferentes “versiones” existentes. Pero tampoco deben olvidar que al intentar clasificar a actores sociales, y mucho más a actores políticos, participan de las luchas políticas de clasificación que se libran en el mundo social que estudia.

No es nuestro objetivo resolver esta cuestión aquí –podemos decir, no obstante, que para hacerlo deberíamos dar cuenta de la heterogeneidad del partido, que contiene elementos de derecha con otros que no lo son, dar cuenta también de la heterogeneidad de sus posicionamientos políticos, definir el tipo de políticas públicas que implementan en el gobierno municipal y reconstruir, además, el modo en que se ubica relacionamente en un campo político en el que ningún actor político con pretensiones mayoritarias se posiciona ideológicamente según las coordenadas izquierda/derecha. En cambio, nos interesa plantear que la clasificación de un partido como el PRO no es sólo un asunto académico, sino que constituye al mismo tiempo un objeto de luchas políticas por la definición de las posiciones en el espacio político. La objetivación que hemos realizado de sus cuadros dirigentes interviene en este contexto, que lejos de ser tomado como un obstáculo al carácter científico de nuestra investigación ha sido incorporado como dimensión de análisis. Así, determinar si el PRO es o no un partido “nuevo” –es decir formado por personas que se “meten” en política por primera vez–, si es o no un partido de derecha, de clases altas, etc., es parte del desafío que supone el repertorio de etiquetas que el analista encuentra en el discurso de los actores estudiados, pero que también forman parte de las herramientas de estudio de los partidos políticos (Offerlé, 1999: pp. 24 y ss.).

En nuestro caso, el trabajo con las características sociales, educativas y políticas de la muestra de cuadros del PRO estudiada nos ha permitido dar cuenta de la

del liberal *Perfil* (17 casos totales) antes que del centro-izquierdista *Página/12* (10 en total), que tiene la misma cantidad de lectores que el diario de negocios *Ámbito Financiero*.

¹⁰ Esta tensión reaparecerá seguramente cuando presentemos, como fue prometido, los resultados de nuestra encuesta a los cuadros entrevistados. De seguro esta ocasión motivará nuevas reflexiones sobre la relación con los interlocutores de campo.

heterogeneidad de un partido que no se deja aprehender por ninguno de los lugares comunes que habitualmente son utilizados para definirlo, pero que tiene algo de casi todos ellos. Esta heterogeneidad supone el encuentro entre antiguos dirigentes políticos –se trata de un partido con un 50% de sus cuadros con experiencia partidaria previa–, jóvenes profesionales surgidos del mundo de las fundaciones y cuadros empresarios de mediana edad provenientes del mundo privado, quienes encuentran en el pronto acceso a la gestión del Estado de la ciudad de Buenos Aires la argamasa que los aglutina. En este sentido, cuando afirman que el PRO es “un partido de gestión”, hacen también referencia a este “hacer” que los une. Es, entonces, en la comprensión de las lógicas de la práctica política de esos actores, más que en el de las clasificaciones *a priori* del partido y de sus miembros, que ubicamos el eje de nuestro análisis.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre, Jean-Claude Chamboredon y Jean Claude Passeron (2002). *El oficio del sociólogo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2003). “L’objectivation participante”. *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 150, n° 1 : 43-58.
- Chamboredon, Hélène, Fabienne Pavis, Muriel Surdez, Laurent Willemez (1994). “S’imposer aux imposants. A propos de quelques obstacles rencontrés par des sociologues débutants dans la pratique et l’usage de l’entretien”. *Genèses*, n° 16, pp. 114- 132.
- Darmon, Muriel (2005). “Le psychiatre, la sociologue et la boulangère: analyse d’un refus de terrain”. *Genèses*, vol. 1, n° 58, pp. 98-112.
- Garfinkel, Harold (2006). *Estudios en etnometodología*. Barcelona, Anthropos.
- Goffman, Erving (2001). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Kessler, Gabriel (2004). *Trayectorias escolares de jóvenes que cometieron delitos contra la propiedad con uso de violencia*. Documento de Trabajo N° 13, Escuela de Educación, UDESA.
- Lagroye Jacques y Michel Offerlé (dirs.) (2010) *Sociologie de l’institution*, París, Belin.

Laurens, Sylvain (2007). “Pourquoi’ et ‘comment’ poser les questions qui fâchent ? Réflexions sur les dilemmes récurrents que posent les entretiens avec des ‘imposants’”. *Genèses*, vol. 4, n° 69, pp. 112-127.

Mauger, Gérard (1991). “Enquêter en milieu populaire”. *Genèses*, n° 6 : 125-143.

Offerlé, Michel (1999). *La profession politique: XIXe-XXe siècles*. Paris, Belin.

Powell, Walter W. y Paul J. Dimaggio (1999). *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*. México, Fondo de Cultura

Pinçon, Michel y Monique Pinçon-Charlot (1997). *Voyage en grande bourgeoisie: journal d’enquête*. París, PUF.

Schütz, Alfred (1995). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires, Amorrortu.

Vommaro, Gabriel (2012). “El trabajo político de los jóvenes: notas sobre la participación en espacios locales de sociabilidad política”. En O. Battistini y G. Mauger (comps), *La difícil inserción de los jóvenes de clases populares en Argentina y Francia*, Buenos Aires, Prometeo.

Vommaro, Gabriel (2008). *Lo que quiere la gente. Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*. Buenos Aires, Prometeo/UNGS.

Vommaro, Gabriel y Julieta Quirós (2011). “‘Usted vino por su propia decisión’: repensar el clientelismo en clave etnográfica”. *Desacatos*, n° 36, pp. 65-84.

Vommaro, Gabriel y Sergio Morresi (2012). “‘Somos un partido de gestión’. El PRO en el contexto del centro-derecha argentino: una aproximación a través del análisis de sus cuadros dirigentes”. *Mimeo*.